

La Bella Bella

Mauricio Javier Díaz Beltrán

Image not found.

Capítulo 1

La Bella Bella

Cuando llegué, ella ya estaba allí, tenía ese aire de la realeza que no sé de donde algunas plebeyas heredan, pero lo heredan, no confundir a que me refiero, con plebeya no quiero decir pobre, mugre, sudorosa, breada, magullada, consumida o calamitosa; me refiero a que era como nosotros, una más, pero hermosa. Le di una mirada desinteresada, aunque por dentro quería saber de ella desde en que capilla había bautizada o qué marca de champú usaba, hasta el tipo de sangre que su cédula acreditaba y que número calzaba. Nunca antes la había visto, digo, nunca antes había visto algo semejante. En comparación, todos en las filas de espera, parecíamos sucios esclavos negros pica piedras del siglo XIX obligados a trabajos forzados en infernales minas del sur de Louisiana; mientras ella, joder, ella era como la hija menor del dueño de la compañía minera con selectas costumbres victorianas aprendidas de una institutriz europea que en sus años mozos había de trabajar para la realeza holandesa enseñando a las princesitas del rey como debían levantar el meñique a la hora de beber el té y la postura recta e imperturbable de las mujeres de la *High Society*. Pasado un rato, no pude aguantarme más, la miré fijamente, al parecer se dio cuenta e intentó cruzar miradas conmigo, pero fue lenta, la había dejado de mirar, luego apartó la mirada; volví y la miré, de nuevo dispuso su resplandeciente mirada hacia mí, otra vez lenta, ya la había dejado de mirar.

Ella era la remembranza de una película que había visto hace poco, o era un serie, no recuerdo bien, una de esas donde se hace apología a la música alternativa, la ropa color pastel, los karaokes, las pecas, la modernidad y la cultura pop; entonces yo, que vivía una vida común en una gris ciudad y al que poco le importaba si los pantalones que llevara puestos combinaban con las camisas, conozco a aquella muchacha, que parecía regar el arcoíris por donde pasase, que vive una vida menos común en la misma ciudad que ahora por su culpa dejó de ser gris. Él sabe casi de inmediato que ella es la que ha estado buscando. *Esta la historia de un chico que conoce a una chica, pero usted debe saber por adelantado, esta no es una historia de amor*. Sin mucho esfuerzo ella podría ser Summer y yo, yo sería su Tom.

Me fijé en sus compras; desodorante, pasta dental, guantes de aseo y una esponja lavaplatos. ¿Desodorante, para qué?, si ella lo que debe transpirar es la esencia a lavanda excitada por el rocío matutino en las praderas vírgenes e insondables de la Macaronesia que presagia el alba y la avenida de apolo en su carruaje; ¿pasta dental, para qué?, si desde aquí veo sus dientes tienen la asepsia de quirófano incólume y el blanco caprichoso del marfil de contrabando; ¿guantes de aseo y una esponja lavaplatos?, no puede ser, el mundo no merece que ella dedique su

belleza a la belleza de la loza, si quiere, esta misma noche, yo lavo los platos, hago la comida, la abrigo, y para dormir la arrullo recitando poesía de Benedetti o leyendo de la página ochenta a la cien de *Harry Potter and the Deathly Hallows*. La fila en la que esperaba su turno para pagar se movía más rápido que la fila en la que yo estaba y mientras la veía alejarse, en mi mente, aquel chileno bonachón devora langostas me susurraba en un hilo ... *nada hacia ti me acerca. Todo de ti me aleja*. Y se estaba alejando. Solo restaban dos turnos antes del suyo cuando la trabajadora pidió disculpas, pues tenía que cerrar, la caja registradora había llegado a su tope en ese día; ella y las dos personas de adelante, hicieron una cara de lunes por la tarde durante el aburrido sopor de la siesta; les dijeron que podían pasar a la fila de al lado, en la que yo esperaba, sufrí un atragantado ataque de efusividad, la miré, sonreí; me miró, sonrió, ¡por la zarza ardiente!, sonrió. En un gesto de falso heroísmo le cedí mi puesto, no dijo nada, solo asintió con la cabeza, y bueno, que más podía pedir yo que aquella tímida venía que le otorgaba un poquito de sosiego a mi *canción desesperada*.

Terminó de pagar el viejo que encabezaba la fila completando el dinero a cuenta gotas, sacando de una a una las monedas lentas y sin luz que aguardaban a ser gastadas en el bolsillo derecho de su abrigo marrón, le siguió un muchacho, de unos quince años, se me hizo extraño que estaba comprando un libro, *Buda Blues*, de Mario Mendoza; a la sazón me sentí alegre, sentí ver el mundo con su cara amable; el anciano que goza de buen retiro con dinero para el mercado y paciencia para la vida, el joven casi niño que compra un buen libro, con una buena novela de un buen escritor, y la bella bella, la que estaba delante mío, la burguesita, ella y yo también podríamos gozar de buen retiro, el que juntos pudiéramos tener; ella y yo también podríamos leer buena literatura, los áridos volúmenes de poesía que yo le escribiría.

Era su turno, maldita sea, se va. Me sentí *Santiago Nasar*, con la diferencia que yo sí sabía que me iban a matar, me iba a matar ella, *con tanto tiempo sin verla*. Porque no fueron tantos los días transcurridos hasta hoy, días en los que ni la conocía ni la tenía, sino los que transcurrirán a partir de ahora, días en los que la conozco y la tengo, en la imaginación y en la memoria, que no es lo mismo pero es igual. A la *J.B. Grenouille*, me acerqué un poco para llenar de ella el sentido del olfato, el de la vista ya había sido bendecido, el oído pronto lo sería, el tacto y el gusto creo iban a tener que esperar que *Sísifo* colocara la piedra en la cima del monte. La bella bella olía a rosas, cayenas, jazmines, margaritas, azafrán, nuez moscada, vainilla y menta; una armónica danza ambulante de flora y especias agolpadas en la bodega de una nave proveniente de oriente y capitaneada por Marco Polo, la condenada olía como a perder la virginidad con Scarlett Johansson. Buenas tardes, le dijo la trabajadora del súper mercado, ella contestó. Entonces un mundo de poesía perdió el sentido, se consagró a la corriente nihilista y se desbarrancó haciéndose

trizas contra la ley de Murphy.

La bella bella, ya no sé si sea tan bella bella, tenía la voz como un chillido ululante y nasal de soldado francés de la primera guerra mundial herido de gravedad, jadeante y deseoso de una dosis de morfina que le confiriera los santos oleos y el buen morir. ¿Tarjeta puntos?, No, dijo. Pero yo pensaba que lo que no podía ser es que ella tuviese la voz de *Úrsula* con el cuerpo de *Ariel*. La empleada hizo un chiste breve y bobo, ya no lo recuerdo, en cambio sí recuerdo la risa de la bella bella, aún peor que la herrumbre sonajera de su voz, ahora ya no evocaba al lírico romance sino al terror y la decadencia. *Horrísono bramar*, he aquí la carcajada de It; pongan al teléfono a Espronceda, a Poe, a Bukowski y a Stephen King.

Cuando terminó de pagar, yo todavía estaba con la cabeza gacha, pasmado como sapo papá reventado en autopista italiana por las anchas ruedas de un Ferrari, ella parecía estar recuperando su estado de divinidad natural, el inmutable silencio, en ese momento se gira y me dice: Chao, que estés bien. *iFuck!*, lo había vuelto a destruir todo y a declararse no apta para llevar la corona, ni para ser de la realeza holandesa, ni burguesa, ni bella bella; con qué impersonal despropósito osaba pedirme estar bien después de eso, después que el reactor número 4 de la confesa imperfección reventara en el centro del Chernóbil de su verosímil versión en tanto yo iba tranquilo de camino a la planta nuclear conduciendo mi VAZ-2107, escuchando a Stravinski y pensándola de manera inusitada. Le contesté con desdén y una superflua sonrisa de político en campaña, *entonces lloré por ella y por mí, y recé de todo corazón para no encontrarme con ella nunca más en mis días*. Salió del supermercado, de mi olfato, de mi vista, de la ciudad, del país, del continente, del planeta; mientras aún yo no había podido salir de aquella incrédula desavenencia. Una pregunta me arrancó del marasmo: ¿Tarjeta puntos?, No, respondí.

M.D.

18 de Septiembre de 2019, Bogotá D.C.